2488

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA CONVALECENCIA,

APROPÓSITO EN UN ACTO Y EN PROSA.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1868.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina..
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboseada.
El amor y la moda.
Está loca
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahoreado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Error parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mun
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huésp
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los extasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Coudesa.
La esposa de Sancho el Brav
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid
La Madre de San Fernando
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegori
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

LA CONVALECENCIA.

250739

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/laconvalenciaapr1581egul

LA CONVALECENCIA,

APROPÓSITO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ESCRITO AL AIRE LIBRE

POR

LUIS DE EGUILAZ.

Representado por primera vez en el teatro de la Zarzuela el dia 7 de Diciembre de 1868.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Verdades amargas.
Alarcon.
Las prohibiciones.
Una broma de Quevedo.
El caballero del milagro.
Mariana la barlú.
Una Vírgen de Murillo (1).
La vergonzosa en palacio.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
El esclavo.
Una aventura de Tirso.
La vida de Juan soldado.
La Vaquera de la Finojosa.
La llave de oro.
Grazalema.
El Patriarca del Turia.
Las querellas del rey sabio.
Mentiras dulces.
¡Santiago y á ellos!
El padre de los pobres.
La Payesa de Sarriá.
Los crepúsculos.
La cruz del matrimonio.
Los encantos de Brijan.
Los soldados de plomo.
Quiero y no puedo.
Un hallazgo literario.
La convalecencia.

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion
Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL GRAN POETA

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Algunas noches há, reunida en casa de nuestro comun amigo D. Eduardo Arquerino la mayoría de los escritores liberales, residentes en Madrid, fuí elegido en union de usted, D. Eulogio Florentino Sanz y D. Federico Balart, para escribir la loa que habia de representarse en la funcion dedicada á celebrar el triunfo de la revolucion de Setiembre. Mi poca fortuna hizo que circunstancias especiales, que no son de este sitio, obligáran á Vds. tres á declinar en mí el honor que por nuestros compañeros se nos hacia, privándome así de la gloria de ver asociado mi oscuro nombre al nombre ilustre del autor de *El Trovador* y *Simon Bocanegra*. Escribiéndolo aquí, ya que no en la portada de la obra, intento corregir á la suerte.

Reciba el maestro, con su benevolencia habitual, este tributo de admiracion del discípulo.

Luis de Eguilaz.

PERSONAJES.	ACTORES.
INOCENCIO.	Sra. Dardalla.
BEATRIZ.	Sra. Orgaz.
ESPERANZA.	Sra. Castro.
DON JUAN.	Sr. Mario.
DON TIMOTEO.	Sr. Alisedo.

El autor encarga á las empresas y directores de teatros que ántes de repartir los papeles de esta obra, mediten bien las condiciones especiales que necesitan reunir los actores que los han de desempeñar. El haberse encargado de representar la figura de D. Juan el Sr. D. Emilio Mario, no significa que dicho papel corresponda al primer actor cómico, sino que las circunstancias que en este artista concurren han hecho ver en él al autor el intérprete fiel del protagonista de su comedia; así como en la primera actriz, doña Cándida Dardalla, el tipo donoso é infantil de Inocencio. El autor aprovecha esta ocasion para dar á ambos las más expresivas gracias por el celo y extraordinario acierto con que han desempeñado sus respectivos papeles, así como á las Sras. Orgaz y Castro y al Sr. Alisedo, que han hecho cuanto es posible hacer en los suyos, contribuyendo todos al éxito singularísimo de esta improvisacion.

ACTO ÚNICO.

Gabinete en casa de D. Juan, modestamente amueblado. Puertas laterales y balcon al foro. Chimenea á la derecha y sofá á la izquierda. Redúzcase la escena todo lo posible.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, ESPERANZA, que sale luego.

BEATRIZ. Jesus! Jesus! Parece que va á echar abajo la campanilla. Lo que es yo no entro ahora en su alcoba si me empluman. ¿Qué quiere tu padre con tanto estrépito?

ESPER. (Saliendo por la derecha con una bata en el brazo.) Qué ha de querer, señora? Levantarse.

BEATRIZ Válgame la Vírgen del Cármen! ¡Levantarse despues de una enfermedad como la que ha tenido, sin mandato del médico! Mi hermano se ha vuelto loco. ¿Y tú qué le has dicho?

ESPER. Qué queria usted que le dijera, si creo que al pobre señor le sobra razon para estar harto de cama y de potingues? Le he rogado que espere unos minutos mientras pego dos botones á esta bata, á la cual no le falta ninguno, á fin de ganar tiempo y ver si viene ese médico, que no sólo ha acabado con la paciencia de papá, sino

que pronto concluirá con la mia y con la de todos los santos de la córte celestial.

BEATRIZ. Niña, niña! ¿Qué modo de expresarse es ese, tratando de un hombre de tanto respeto como el señor don Timoteo? Tú eres de las del dia.

ESPER. Yo no sé lo que soy; pero lo que puedo asegurar á usted es que mi padre está ya bueno; que si á tiempo le hubieran hecho levantarse sin meterle tanto miedo con los aires colados y las recaidas, hace dias que se hubiera echado á la calle, y ya estaria como Dios manda.

BEATRIZ. Eso es! Ya lo arreglaste á tu gusto! Querrás tú entender de enfermos más que don Timoteo, que ha pasado la vida rodando por los hospitales? Calla, calla, y no te metas en lo que no entiendes.

ESPER. Que no entiendo! que no entiendo! Pues si no hubiera sido por mí, que cuando el médico dispuso que se diese á mi padre sustancia de pan, llevaba una semana de entrarle á escondidas de usted buenos caldos de gallina, y el dia en que le mandó tomar un caldito con un escrúpulo de carne, media docena de garbanzos y mucha escarola, hacia cuatro ó cinco que yo le daba buenas chuletas de ternera y alguna que otra pechuga, hace más de un mes que el pobre señor estaria pudriendo tierra. ¡Si viera usted qué perdiz tan hermosa se ha zampado esta mañana ántes que usted se levantase!

BEATRIZ. Una perdiz! Dios nos asista! Has matado á tu padre, desdichada! (Fuertes campanillazos.)

ESPER. Sí? Mire usted lo muerto que está.—Allá vamos, papá, allá vamos, que estoy concluyendo.

BEATRIZ. ¿Y quién le contiene si se empeña en vestirse? Y qué dirá don Timoteo cuando entre y le vea levantado? Vamos, á mí me va á dar algo!

ESPER. Por Dios, tia, no dé usted tanta importancia á ese médico tan meticuloso y tan...

BEATRIZ. Jesus, no puedo oirte.

ESPER. Desengáñese usted. Si desde el dia en que papá cayó malo, en lugar de andarse con paños calientes se hubie-

RBC MCU

ra dicho: «aquí te duele, ¡pues duro aquí!» no le durara la enfermedad tantos años, ni estaria tan débil como está, ni veria perdida su hacienda como la ve por haber tenido que dejarla en manos de malos administradores! El refran dice: «á grandes males, grandes remedios,» y los refranes, tia, son evangelios chicos.

BEATRIZ. Eso, eso! Tú siempre amiga de recursos extremos! Hija al fin de don Juan España. Todos los de la familia son lo mismo, ménos yo (loado sea Dios).

ESPER. Pues tia, quien lo hereda no lo hurta.

BEATRIZ. Pues sobrina, al freir será el reir. (Campanillazos.)

ESPER. Otra te pego. Allá voy! allá voy! (Yo le visto, y salga el sol por Antequera.)

BEATRIZ. Y ese don Timoteo que no viene!

ESCENA II.

DICHAS, D. TIMOTEO, puerta izquierda.

TIM. ¿Qué demonio de campanilleo es ese?

ESPER. Ah! don Timoteo!

BEATRIZ. Gracias á Dios que llega usted! (Con explosion.)

TIM. Pues qué pasa? Qué sucede? (Muy sobresaltado.)

BEATRIZ. Qué ha de suceder, señor! Que esta sierva de Dios ha nacido para mártir, y que necesito la paciencia de un santo para luchar con mi hermano, que por buenas ó por malas quiere levantarse, y con mi sobrina que se pone del lado de su padre y se subleva contra mí.

ESPER. Como usted dijo ayer que hoy probablemente podria dejar la cama y venirse un ratito á la chimenea...

TIM. Despacio, despacio, hija mia, que todo se andará. Cuando yo lo vea, si lo encuentro bien y juzgo que el dia es á propósito...

ESPER. El dia? Si no se mueve una paja, y hace un sol que da gloria de Dios el verle.

TIM. *Post Phoebus, nubila*, que quiere decir, para que ustedes me entiendan, que detrás del sol vienen las nubes.

No me fio yo de estos dias tan serenos (Mirando fijamente á doña Beatriz, que indica entenderlo.)

ESPER. Pero si para que papá se levante se necesita que el tiempo esté bueno y usted desconfia del buen tiempo, me lo va usted á tener en cama toda la vida.

TIM. Toda la vida, no; pero hay que irse con mucho pulso y andando el camino poquito á poco. La enfermedad de España ha sido larga y peligrosa; la crísis horrible, y en todo su organismo se ha operado una revolucion completa.

BEATRIZ. Lo entiendes bien, terca!

TIM. Nada; mejor es ir por sus pasos contados y no aventurar la curacion. Estése en la cama aún una semana ó dos, y ya veremos.

ESPER. ¡Una semana ó dos? ¡Pero usted no repara en lo débil que está!

TIM. Pues por lo mismo! Para corregir esa debilidad, le iremos alimentando con pulso y tino. Hoy le darán ustedes un muslito de gallina...

ESPER. (Para postre de la perdiz.) Un muslito nada más?

TIM. Y aún eso es mucho! El menor exceso puede matarle.

BEATRIZ. Ay!

TIM. Qué?

BEATRIZ. Nada. Estaba pensando en unas chuletas que he dejado en las parrillas. (Lo ves, desdichada, lo ves!)

TIM. Vamos á ver al enfermo?...

ESPER. Por Dios, don Timoteo; no le diga usted que no se levante, porque el pobre está ya frito y achicharrado y *consumido*, como las chuletas de que habla mi tia, y va á ser el remedio peor que la enfermedad.

BEATRIZ. Deja al señor que mande lo que convenga, y no te metas en lo que no sabes.

ESPER. Es que papá está más fuerte de lo que ustedes se figuran.

TIM. Pero venga usted acá, Esperanza, venga usted acá. Cree usted que yo no conozco que España, por lo que hace á la parte física, está ménos débil de lo que se piensa?

Pero ¿y la moral, hija mia, y la moral, no es nada para usted?

BEATRIZ. Pues no ha de ser, señor? Gracias á Dios ha tenido una tia que la eduque en las máximas más severas de la moral y la religion. Terca y disputadora, sí será; pero en punto á principios morales... Calle usted, señor: pecadora soy; mas en lo tocante á moral...

TIM. Pero si no digo eso; si ni por un momento he dudado de la moralidad de esta señorita. Hablo de la parte moral del individuo, de la intelectual, de la cabeza, para que usted me entienda. Lo que yo temo más, el dia en que España empiece á hacer pinitos, no es que le falten las fuerzas físicas, sino que saliendo de la ignorancia y aislamiento en que le hemos tenido se entere de un golpe de lo que ha pasado y está pasando y que la emocion se lo lleve.

ESPER. Cá! no lo crea usted. Al contrario; se pone bueno de gusto.

TIM. Caracoles con el gusto! Bueno y sano estaba yo el dia en que pasó la cosa, y aún me siento destemplado del susto que me mamé. Conque ya ve usted, á él que le coge débil y enteco!...

ESPER. Pero si papá es de estos que han ganado. Si al pobre desde hace muchos años cuando no estaba preso lo andaban buscando, y en oyendo un viva á la libertad... ya le tenia usted en la calle con su escopeta.

TIM. Bien se le conoce en lo poco que le luce el pelo.

BEATRIZ. Esa es la mia! Eso es lo que le vengo predicando toda la vida. «Ven acá, Juan, qué te va á tí ni te viene; métete en tu casa; cuida de lo tuyo, déjalos allá que se las arreglen, y el que la armó que la desarme.» Pero él nada, en oyendo el himno de Riego, ya lo tenia usted haciendo una barricada en la esquina.

ESPER. Pues, lo que él decia: «si uno se mete en casa y no defiende la libertad...»

BEATRIZ. Calla, tonta; que la libertad no va á perderse ni á ganarse por un tirito más ó ménos.

ESPER. Ya! pero si todos se hicieran esa cuenta...

TIM. Chist! No alcen ustedes tanto la voz, que el enfermo puede oirlas y apercibirse de lo que pasa.

ESCENA III.

DICHOS, INOCENCIO, por la puerta izquierda, cantando á media voz el himno de Riego. Trae una tercerola al hombro y una gorra de papel en la cabeza.

BEATRIZ. Calla, condenado!

TIM. Calla por Dios, que vas á matar á tu padre si te oye cantar eso!

INOC. Cá! no lo crea usted! Si esta música resucita á los muertos!

TIM. Pues á mí me hace temblar en este instante.

INOC. Ya! porque usted es carcunda.

BEATRIZ. Deslenguado!

ESPER. Inocencio!

INOC. Presente! (Presentando el arma.)

BEATRIZ. Ay! que trae una escopeta! Quién te ha dado eso?

INOC. Esto? Es una de las cuatro tercerolas que el portero sacó del parque el dia que la armamos.

TIM. Silencio! no nombres eso.—Ya ven ustedes si tengo razon para estar temblando. En el momento en que don Juan deje la cama y se ponga en comunicacion con las gentes, se va á enterar de todo, y no hay remedio, se nos muere!

INOC. ¿Morirse! Usted no sabe lo liberal que es mi padre. Va casi tan adelante como yo!

BEATRIZ. Grandísimo pícaro! (Yendo hácia él furiosa. Esperanza la contiene.)

TIM. Déjelo usted, déjenlo ustedes que lo convenza. Mira, hijo: como tu padre ha tenido esas calenturas (Miradas de recelo á la tercerola y con dulzura exagerada.) tan fuertes que casi le privaban del sentido los dias en que se armó la *cosa*, y no ha oido ni las músicas, ni los gritos, ni todo ese jaleo que la gente metia, hemos podido hasta la fecha tenerle en la ignorancia más completa de lo que

ha pasado. Áhora—y yo me encargo de eso—leiremos preparando poquito á poco, diciéndole hoy una cosa y mañana otra, y ya verás como con este ten con ten hacemos que se entere de todo, sin perjuicio de su salud. Ponte bien en la situacion, hijo mio: si al más pintado le sueltan un trabucazo de libertades y de cosas que parecian imposibles... ¿Es verdad, doña Beatriz?

BEATRIZ. Ay! sí señor ¡imposibles! imposibles! (Casi llorando.)

TIM. No dice Jesus. Conque abstente de hablar de nada que huela á revolucion, ni trastornos delante de él, si no quieres que se lo lleve Pateta. Despues de tantos años de padecimientos tan varios y tan continuados, como insidiosos y traidores, ha quedado tan débil, que la menor emocion puede serle funesta. Á mí nadie me quita de la cabeza que esta pícara enfermedad es constitucional.

BEATRIZ. Sí, señor, constitucional, constitucional. (Con rapidez y gran conviccion.)

INOC. Como no sea un asiento de la constitucion del cuarenta y cinco, que nunca ha podido digerir....

TIM. No hablo de constitucion política, sino de la constitucion orgánica del indivíduo.

INOC. Ya! de su autonomía. (Con importancia.)

BEATRIZ. Auto... qué? (Muy alborotada.)

INOC. Autonomía.

BEATRIZ. Cómo se entiende? No digas palabras feas delante de mí ó vas á ver para lo que has nacido.

ESPER. Pero, tia!... (Queriéndola contener.)

TIM. Señora... (Sujetándola: Doña Beatriz fuera de sí quiere alcanzarle, con la mano crispada se las jura.)

INOC. Pero, tia...

BEATRIZ. No hay tu tia. Entremos á ver al enfermo, don Timoteo, que si sigo aquí, Dios me lo perdone, voy á dar una mano de azotes á ese muñeco.

INOC. Ya no se pega.

BEATRIZ. ¡Cómo que no?

INOC. No, señora: ya hay libertad.

BEATRIZ. Ahora lo verás! (Soltándose, y yendo furiosa hácia él.)

INOC. Atrás paisano! (Encarándose la tercerola.)

BEATRIZ. Ay!

TIM. Vamos, vamos. Haya paz.

ESPER. Quita, Inocencio; no esté cargada.

INOC. No lo ha de estar? Ahora nos andariamos los liberales con las armas vacias, habiendo tanto reaccionario que nos provoca. (Señalando á su tia y conteniendo la risa.)

BEATRIZ. Asesino! Bullanguero! Revolucionario!

TIM. Chist! (Oyendo grandes campanillazos.) Que el enfermo se entera de la gresca.—Allá vamos.—Cálmese usted, señora. Tú deja ese fusil y esa gorra para que no los vea tu padre si se levanta; y usted mientras lo vestimos atice la chimenea, cierre bien las puertas, y sobre todo, cuide de que no entre nadie que pueda cometer una imprudencia. Vamos, señora, vamos. (Esperanza da la bata á su tia.)

BEATRIZ. Ya me las pagarás todas juntas!

TIM. Ah! sobre todo que no haya por aquí periódicos! Á los periódicos es á lo que más le temo. Vamos, señora, vamos!

BEATRIZ. Me las pagarás, liberalillo! (Volviéndose. Vánse.

ESCENA IV.

ESPERANZA, INOCENCIO.

ESPER. Por qué impacientas á la tia!

INOC. Yo? Ella es la que me pincha y me... Y todo porque han caido los suyos!

ESPER. ¿Qué suyos! Pobre señora! Es que está un poco templada á la antigua.

INOC. Pues esos templados á la antigua son los que nos pierden.

ESPER. Vamos, deja esa carabina, que me da miedo.

INOC. Es verdad: esto asusta á las mujeres. La guardaré para cuando haga falta. (Escondiéndola debajo del sofá.)

ESPER. Y sobre todo que papá no la vea cuando salga.

INOC. Conque papá se va á levantar? ¡Viva el pueblo soberano!

ESPER. Calla y no grites más por Dios!

INOC. Tienes razon: el andar con armas y el gritar á todas horas son mis manías; pero ya me iré curando de ellas.

ESPER. Ay si papá te ve con esa gorra!

INOC. Ya está quitada. (La tira.)

ESPER. Echemos un tronquito más.

INOC. Aquí lo tienes.

ESPER. De dónde venias con esos arreos militares? (Arreglando la chimenea.)

INOC. Toma! de una manifestacion que hemos hecho los chicos del barrio. ¡Viva la libertad de enseñan...

ESPER. Calla! (Tapándole la boca.)

INOC. Es verdad; que ya la tenemos. Ya verás, hermanita; ya verás cómo ahora en un año gano dos ó tres cursos y me hago doctor en un quítame allá esas pajas, y me dan mucho dinero y te compro un vestido color de Alcolea, y te llevo del brazo á la Castellana, dando dentera á tanto pollo como te ronda la calle.

ESPER. Vamos, eso no se dice.

INOC. Pues si es verdad.

ESPER. Mira que me pongo colorada. ¿Quién me ha de querer á mí?

INOC. Que quién te ha de querer. Pues apenas eres bonita y graciosa. Más pretendientes tienes que el ministro de la Gobernacion.

ESPER. Calla, tonto.

INOC. Tonto! tonto! Pues ni que me mamara el dedo. Desde que han ganado los nuestros y se dice que papá ocupará una alta posicion, todos los que están en estado de merecer beben los vientos por la señorita de España, que pasa por el gran partido de la época. ¡Y me parece que á tí no te disgusta ese rubio buen mozo que te hace telégrafos desde lejos.

ESPER. Quita allá! Con aquellas patillas... Si parece un inglés.

INOC. Y el otro jóven que tanto te recomienda el vecino del lado?

ESPER. Ni ese, ni el otro, ni el de más allá. Si alguna vez me caso, no será con el que más me ronde, ni con el que me eche más requiebros, ni con el que hace que no me quiere mientras que me mira con el rabillo del ojo, ni con el que me recomienden los vecinos: será, con el que yo elija.

INOC. Eso, eso, con el que elijamos. (Con enérgica seguridad.)

ESPER. Chist! Papá.

ESCENA V.

DICHOS, D. JUAN, TIMOTEO, BEATRIZ.

TIM. Apóyese usted en mi brazo, España, que está usted muy débil.

BEATRIZ. Y en el mio.

TIM. Sin cuidado, sin cumplimiento.

JUAN. Pero hombre, si estoy bastante fuerte para no necesitar apoyo. Si puedo manejarme solito.

TIM. No obstante, no obstante.

JUAN. Es que la ayuda de ustedes me embaraza más bien que me sirvo. Lo que yo necesito es libertad para moverme.

INOC. (Lo oye usted, necesita libertad!

BEATRIZ. Calla!)

TIM. Esperanza, retire usted un poco esa butaca de la chimenea. Siéntese usted aquí, amigo España.

JUAN. Ay!... (Respirando con cierto placer.)

TIM. Ajajá!—Este gabinete está á diez y ocho grados. Esto es lo que le conviene á usted por ahora: una temperatura templadita, templadita, y nada de cambios bruscos.

JUAN. Cá, hombre, cá! Yo estoy ya para resistir cualquier temperatura.

TIM. No por Dios! no hagamos disparates: no por querer avanzar demasiado lo perdamos todo en un dia. ¡Usted no sabe bien cómo está!

BEATRIZ. Esa es la mia y esa es la del padre Caralampio.

JUAN. Los que no saben cómo estoy son usted, y tú y el pa-

dre ese que dices. ¡Si tendré yo conciencia de mis fuerzas!

INOC. Vaya si la tendrá usted!

JUAN. Adios, caporal! (Dándole palmaditas en la cara.) Mire usted si quien tiene estos chicos tan robustos y tan listos, podrá estar tan enclenque y abatido como me suponen. Créame usted, don Timoteo, usted y mi hermana se mueren el mejor dia de un susto.

TIM. Mire usted (Con ingenuidad.) á pocos como el que llevé el veinte y nueve...

BEATRIZ. Ejem!... (Tosiendo, y tirándole del gaban.)

TIM. (Tente, lengua.)

JUAN. Qué veinte y nueve?

BEATRIZ. Nada, hombre: un dia en que á poco más lo coge el carro.

JUAN. Pero no fué cosa, eh?

TIM. No, no fué cosa mayor.

BEATRIZ. Ay! qué dia del señor San Miguel! La víspera llegué yo del pueblo, avisada por tus hijos del peligro en que estabas, y no sé cómo no me morí al verlo entrar pálido y descompuesto, diciéndome: «Ay, señora, ya pareció aquello!»

TIM. Ejem!...

JUAN. Qué?...

INOC. El... *carro*, que traia el equipaje de la tia.

ESPER. Que fué el que...

JUAN. Sí, ya.

TIM. (Mude usted de conversacion.) (Á Esperanza, que está detrás de la butaca.)

ESPER. Y se siente usted mejor ahora?

JUAN. Sí, hija, sí. Aquí al ménos hay claridad y no estoy metido entre aquellas malditas sábanas que me aprisionaban. Tú no sabes lo bueno que es despues de tanto tiempo de estar sujeto poder uno moverse á su gusto. Solamente que esta atmósfera está tambien un poco cargada.—Mira, hijo, hazme el favor de abrir un poco ese balcon.

TIM. No, por Dios! La menor alteracion atmosférica, la más ligera ráfaga de viento, podria ponerle á usted en peligro. No hagamos diabluras, no hagamos diabluras.

JUAN. Pero por un poquito de aire que entre...

TIM. Si usted supiera los vientos que corren por ahí fuera!..,

BEATRIZ. Ay!—Más vale sudar que toser.

JUAN. Bueno, bueno: lo que ustedes quieran. Qué asiento tan duro tiene esta butaca! (No sabiendo cómo colocarse en ella.)

ESPER. Perdone usted, papá; pero el ama de gobierno que teniamos, y que hemos despedido durante su enfermedad. lo ha dejado todo perdido.

JUAN. Anda, que más pierde ella! Pobre mujer!

INOC. Pobre mujer, y ni aún viendo el estado en que usted estaba se cuidaba para nada de usted, y huia de la alcoba por temor á que la enfermedad fuera contagiosa!

ESPER. Y que era una derrochadora que nos dejó llenos de trampas.

JUAN. No; si habeis hecho bien en echarla. Ya debia yo hace años haberla plantado en lo del rey.

INOC. ¿En lo de quién, papá? (Con rapidez.)

JUAN. En lo del rey: en la calle.

INOC. Ya! Pero como la calle es del pueblo.

TODOS. Ejem! ejem!...

JUAN. Hombre, qué constipados están todos ustedes.

TIM. Sí; estos cambios bruscos... (Eche usted al niño.)

BEATRIZ. Mira, Inocencio... (Dominando la rabia, y con dulzura afectada.) hijo mio, anda á estudiar la leccion. (Ya me las pagarás, tunante.)

JUAN. Sí, hijo, estudia para hacerte hombre.

BEATRIZ. Bien puedes decírselo. El muy pícaro no coge un libro desde el dia de la re...

TODOS. Ejem! ejem!...

JUAN. De la re... qué?

BEATRIZ. De...

TIM. De...

ESPER. De la regata del Retiro.

JUAN. Ah!... ¿Conque ha habido regata en el Retiro?

INOC. Por los marineros que vinieron con Topete y Malcampo. (Explosion. Todos se miran unos á otros, sin saber por dónde salir.)

JUAN. Conque están en Madrid esos dos valientes! (Con gran entusiasmo.) Me alegro! Porque así podré darles un apreton de manos.

TIM. No se exalte usted, calma; no se exalte usted. (Ven ustedes!)

JUAN. Pues no me he de exaltar! Esos dos, con los demas valientes del Pacífico y el gran Mendez Nuñez, forman una de las glorias nacionales que más deben envidiarnos los extranjeros. ¡La marina española, alguna vez echada á pique, ¡nunca vencida!

INOC. ¡Pues si supiera usted la que acaban de hacer! (Con el mismo entusiasmo.)

TODOS. Ejem!

JUAN. Diablo de tos!—Qué? Le han arrimado de nuevo á los peruanos?

TIM. Á los peruanos precisamente, no; pero lo que es arrimar...

JUAN. Cuénteme usted, cuénteme usted. (Frotándose las manos.)

TIM. No, no, España, ahora no. Su cabeza de usted está muy débil, y la menor cosita puede trastornársela y darnos que hacer los imposibles. Poca conversacion y ninguna lectura; nada que le haga á usted pensar. ¡El pensar le mataria á usted en las circunstancias presentes!

BEATRIZ. Pues esa ha sido siempre su manía. Las cavilaciones lo tienen seco.

TIM. Pues hay que olvidarse de eso: si quiere usted arribar, es preciso seguir por algun tiempo un régimen muy severo. Ya no hay por qué ocultárselo: usted está vivo por un milagro de Dios.

BEATRIZ. Y por el saber de usted.

INOC. Y por los cuidados de don Francisco, y don Juan, y don Domingo, y del otro don Juan el marino.

ESPER. Todos, deponiendo las enemistades que entre ellos habia, se unieron estrechamente para salvarle á usted, y han

estado velando por su vida de dia y de noche, sin pensar para nada en sí mismos; y no se han separado de usted, corriendo en ello grandes peligros, porque el mal llegó á ser tal, que iba la vida en permanecer á su lado.

JUAN. Ah!... buenos hijos!! En fin, acaso algun dia sea yo fuerte y rico, y podré pagarles lo que han hecho por mí. Y á usted tambien, don Timoteo! (Estrechándole la mano.)

TIM. Hombre, yo he arrimado el hombro, y he hecho lo que he podido, á pesar de lo meticuloso que usted me cree. Pero en fin, de lo que estoy satisfecho es de haber tocado poco á la sangre! Todo el protomedicato, todos los hombres de ciencia, grandes y chicos, nacionales y extranjeros, estaban conformes en que si alguna esperanza habia de vencer su enfermedad, esa estribaba en desgarretarle á usted á sangrías.

JUAN. Qué horror! Sangrías despues de los golpes de sanguijuelas que cada dia me aplicaban los médicos que ántes de usted se encargaron de curarme!

INOC. Pues, papá, ninguno creia que sin eso pudiera usted salir adelante.

ESPER. Ninguno.

JUAN. ¡Qué barbaridad!

TIM. Vamos, no alterarse, no alterarse, que está usted muy débil.

JUAN. No tanto! Mire usted con qué libertad me muevo. (Levantándose y viéndose en el espejo que habrá sobre la chimenea.) Jesus! ¿Es mi cara la que veo en ese espejo? Qué estrago de enfermedad! Ni yo mismo me reconozco.

BEATRIZ. No exageres, hombre, no exageres. El dia que te levantaste para que te hiciéramos la cama y te acercaste al balcon á mirar á la calle, el norte-americano de enfrente, que estaba en el suyo, te reconoció en seguida, á pesar de no haberte visto nunca en el traje que vestias. Y por cierto que me encargó que te diera la enhorabuena, y que si se te ofrecia algo, ya sabes su casa.

JUAN. Y yo le vivo muy *reconocido* por todo. Siempre me ha gustado á mí el americano ese, porque es un mozo de

chapa y muy echado para adelante.

ESPER. Ah! no, lo que es de los vecinos no podemos quejarnos. El aleman de la bisutería de la esquina, el relojero suizo... en fin, todos, todos han venido á ofrecerse.

JUAN. Pues eso con estar á la recíproca...

INOC. Mire usted: el dia que nos pro...

TODOS. Ejem! ejem!

JUAN. Qué plaga de toses! El dia... ¿qué ibas á decir?

BEATRIZ. Ay!

TIM. Ay!

INOC. Yo...

ESPER. Decia mi hermano que el dia que nos propusimos que usted se levantase, como se creia que necesitariamos ayuda, algunos vecinos querian venir á prestárnosla.

TIM. (Ah!... (Respirando.)

BEATRIZ. Salimos del paso.)

JUAN. Yo les agradezco la atencion; pero esas cosas hay que hacerlas en familia y sin el concurso de extraños.

INOC. Eso, eso! La ropa sucia se lava en casa.

TIM. (He sudado tinta. Hay que dejarle sólo para no cometer una imprudencia!) (Á Beatriz y Esperanza.)

JUAN. Qué cuchichean ustedes?

TIM. Nada, nada. Les decia que esta es mucha conversacion para una cabeza tan débil como la de usted, y que seria conveniente dejarle á usted sólo un ratito, á fin de que se serene y no se le perturben las ideas.—Yo voy aquí al lado á ver á un enfermo que tengo de una dolencia muy parecida á la de usted—un francés que está muy malito,—y vuelvo en seguida para que echemos un párrafo.—(Es preciso decírselo poco á poco, y yo me encargo de ello.)—Conque tranquilidad, reposo, que pronto estoy aquí para consagrarle á usted todo el dia. Vamos, dejémosle sólo una media horita, y... Sobre todo no pensar, no pensar, que se le irá á usted la cabeza. Ea, hasta luego.

JUAN. Hasta luego, y gracias por todo.

TIM. Vamos, vamos. (Indicando á los chicos que se marchen.) (Que

no hable con nadie! Que no entre en casa ningun periódico, ó no respondo de nada.

BEATRIZ. Descuide usted.)

TIM. Hasta la vista, España.

JUAN. Que se alivie el francés.

ESCENA VI.

JUAN.

(Ligera pausa.) Tiene razon don Timoteo. He estado muy malo, ¡muy malo! vivo por un milagro de Dios. Siento una cosa... una flojedad... Ya se ve, una dolencia de tantos años... Parecia que mi estado normal era el dolor, el sufrimiento! Á todo se acostumbra uno! Ya se ve, el mal entró tan insidiosamente... tenia yo tales apariencias de salud, estaba tan confiado y tan ageno de mi verdadera situacion, que se fué ingiriendo, ingiriendo, sin que nadie le pusiera coto, hasta que se apoderó por completo de mi ser. Y gracias que aquel amigo, aquel buen amigo que tanto entiende de estas cosas, me dijo—creo que fué allá por el cuarenta y tantos cuando me lo dijo—¡si trae fecha mi mal!—me di o: «Tú no piensas sino en los demas; piensa en tí; ponte en cura; tu mal está en la cabeza, España.»—Y por cierto que él estuvo entónces para perder la suya.—Pues aquello me sirvió! No lo que debia, porque tomé mal método curativo: descuidé el orígen de la dolencia, y sólo la ataqué en sus manifestaciones. «Al orígen, al orígen!» me decia aquel gran hombre, al que le cabe la gloria de haber sido el primero que conoció mi mal; y yo, sea por miedo pueril á los remedios heróicos, sea porque no estaba convencido de la causa de mis padecimientos, me andaba siempre con paliativos, y me iba agravando de dia en dia. ¡Lo de píldoras que he tragado... doradas... y sin dorar! ¡Lo de cantáridas que me han puesto! ¡Lo de sangre que me han chupado las sanguijuelas malditas... y la que me han hecho derramar los cirujanos! Vamos,

no sé, no sé cómo lo cuento!.....

.....

Y tiene razon don Timoteo! Este cerebro no anda bueno. ¿Qué ha de andar! Y eso que él no sabe lo que ha pasado por aquí! (Por su frente.) Por no asustar á la familia no he querido hablar de mis delirios. ¡Aquellos gritos, aquellas músicas, aquellos tiros que oia durante los dias en que estaba tan grave... ¡Delirios! delirios! Mis ideas, mis deseos, mis aspiraciones de siempre, á que la fiebre daba cuerpo. Oh! quién tuviera fiebre toda la vida para oir aquello, para vivir la vida del hombre libre, aunque sólo fuera en medio de sus ardientes convulsiones!!...

.....

Y lo oia todo tan claro, tan distinto... Bah! los liberales somos incorregibles. Aun entre los desvaríos de la calentura, trabajamos de hojalatería! ¿Quién se ha de mover en este pueblo muerto? En España no hay sangre; no hay dignidad siquiera! Hojalata, hojalata pura, y nada más que hojalata!.....

.....

No nos ocupemos de ello. ¡Lo que no tiene remedio... Pensemos en ponernos buenos y en trabajar para los chicos, y... ¡Pobres hijos mios! ¿Qué seria de ellos si yo les faltara! ¡Pobres hijos!.....

.....

Nada, cambiemos de ideas; distraigámonos, España.—Aunque el médico manda que no lea, yo creo que un rato de lectura... Si hubiera por aquí algun periódico... (Buscándolo con ansiedad infantil.) Periódico, sí! Al paso que esto iba cuando caí con el último ataque, ya no se publicarán más que la *Gaceta* y el *Diario*. Y más vale así. El fiscal no les habia de dejar decir nada que valiera dos cominos! (Exaltándose por momentos.) Señor! Señor! que se oprima á un pueblo; que se le roben todos sus derechos naturales; que se le empobrezca; que se le haga pedazos; y que ni aún se le deje el triste derecho de quejarse!!.. Ah... Aquí hay un

periódico viejo. (Cogiendo la gorra de Inocencio.)—¡Una gorra de cuartel de Inocencio! ¡Lo que puede la sangre! Sueña como yo con la milicia! Oh!... cómo nos gusta que se nos parezcan, que sean dignos de nosotros aquellos á quienes hemos dado la vida!! (Conmovido. En el sofá.) La *Correspondencia*! Aunque le falta la parte de arriba, la reconozco en la forma. ¿De cuándo será? (Lee.) «El gobierno provisional publicará uno de estos dias el tan anhelado decreto sancionando el derecho de asociacion pacífica...» El gobierno provisional? En dónde habrá gobierno provisional? En dónde la habrán armado? Ah!... en Francia sin duda. (Con gran envidia y desaliento pátrio.) Aquello es un pueblo; aquello sí que es un pueblo grande y valiente, en tanto que el de aquí!... Se nos deberia caer la cara de vergüenza! Nos manda el palo; pero es que no merecemos más que palos, cuando no sabemos seguir el noble ejemplo que nos dan otras naciones! (Pausa ligera, en la que lee para sí algun suelto. Lee.) «Ayer estuvo el general Serrano, en union del señor ministro de Fomento (Asombro), á visitar las obras que ha emprendido (Desesperacion) la municipalidad de Madrid.» ¡Jesus! Jesus! Serrano, que me era tan simpátitico; Serrano, á quien creia liberal de corazon, se ha unido á esta gente, y visita obras en union de estos ministros! ¡Ahora si que ya no nos queda esperanza! (Lee.) «El general Prim no sale ni de dia ni de noche del ministerio de la Guerra.» Dios mio! Le han echado mano, y lo tienen en el ministerio para mayor seguridad! ¿Pero cómo un hombre de su talento se ha venido á meter en la boca del lobo? ¡Pobre general!... Á ver, á ver si dicen algo más de él. (Desde este momento, el actor comprenderá perfectamente la situacion por que pasa el personaje: es completamente imposible marcarle las distintas impresiones que experimenta. Lee para sí.) Ah! Qué es esto? Qué dice aquí? ¡Dios mio! ¿Estaré loco? «Segun nos escriben de París, la ex-reina de España, doña Isabel de Borbon, no piensa abandonar por ahora aquella capital...» La... ex... reina... ¡Luego

durante mi enfermedad ha habido una revolucion! Luego... Pero, no, no. Es que estoy con la fiebre, y que deliro de nuevo. Esto no puede ser.—Pero ello es que está aquí .. que lo veo... Sí, si lo veo; mis ojos no pueden engañarme. Dios mio! Qué es esto? Qué es esto? Inocencio! Inocencio! (Yendo de un lado á otro.)

ESCENA VII.

JUAN, INOCENCIO.

INOC. (Que sale corriendo.) Papá.

JUAN. Ven acá.

INOC. Pero qué tiene usted? ¡Está usted desencajado!

JUAN. Ven acá. (Cogiéndole bruscamente y bajándole al primer término.)

INOC. Pero...

JUAN. Dime, dime. ¿En dónde está Isabel segunda?

INOC. Isabel segunda?... Pero usted está temblando!

JUAN. No importa. En dónde está? Dímelo; pronto, pronto, por Dios!

INOC. Yo no lo sé. (Desencajado tambien y tembloroso.)

JUAN. ¡Qué! Que no lo sabes? ¡Ah!... (Va por la Correspondencia, que dejó caer en el sofá.)

INOC. (Ha leido algo! Lo que el médico temia!)

JUAN. Qué dice aquí? (Señalando.)

INOC. En dónde?

JUAN. Aquí, aquí.

INOC. Pero cálmese usted. Puede usted ponerse peor!

JUAN. Qué importa? Lee, lee!... (Sin dejar el periódico y señalándole á él frenético)

INOC. «La modista que vivia en la calle de Carretas...»

JUAN. No, no es eso. Aquí, más abajo.

INOC. Por Dios, papá; me da usted miedo!

JUAN. Aquí, ¡aquí!

INOC. Esperanza! Esperanza! (Ya comprenderá la actriz que ha de hacer este papel lo difícil de los gritos.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ESPERANZA.

ESPER Qué?

INOC. Papá se pone malo!

ESPER. Papá...

JUAN. Lee aquí. (Al volverse y encontrarse con ella.)

ESPER. (Ay, Vírgen mia!) En dónde? (Inocencio le hace señas.)

JUAN. Aquí.

ESPER. «La modista que vivia en la calle de Carretas...»

JUAN. No; pero si no es ahí, ¡si es aquí! donde digo.

ESPER. Pues donde usted señala es donde leo. (Desencajada y temblando.)

JUAN. No dice aquí «ex-reina de España?»

ESPER. No, papá. (Dios mio!)

JUAN. Inocencio, no dice aquí «Isabel segunda?» La verdad!

INOC. Dice... dice «La modista que vivia...»

JUAN. Más abajo, más abajo!

INOC. «Los duques de Montpensier...»

JUAN. ¡Qué duques! ¡qué duques! Más arriba, ¡más arriba!

ESPER. Ay, Dios mio!

JUAN. ¡Lee! (Á Esperanza.)

ESPER. «Los duques...»

JUAN. Ah!... Bien está, bien está. Idos, hijos mios, idos.

LOS DOS. Pero papá! (Aterrados.)

JUAN. Idos! Dejadme solo!! (Con mucha energía.)

ESPER. Ay qué miedo!

INOC. Ay, hermana, hermanita! (Vánse muy sobrecogidos y sollozando.)

ESCENA IX.

JUAN, á poco BEATRIZ.

JUAN. Pero, Señor, si yo lo he visto, si lo he visto cien veces! ¿Y mis hijos qué interés tenian en engañarme? ¡Beatriz! Beatriz! (Llamando á la puerta izquierda.) Don Timoteo tiene razon: mis ideas se perturban, sueño despierto... en fin... me he vuelto loco, ¡loco! Beatriz, Beatriz!

BEATRIZ. Qué quieres, hermano?

JUAN. Mira, (Cogiéndole las manos.) saca todos los muebles de mi alcoba.

BEATRIZ. Cómo?

JUAN. Sí; y sin que nadie lo note, méteme en ella, y enciérrame, amárrame! hasta que venga don Timoteo. Podria hacerle daño á mis hijos. ¡Hijos de mi alma!!

BEATRIZ. Pero, hombre, ¿estás en tu juicio?

JUAN. No, no lo estoy, ¡no lo estoy! Y ántes de que haga algun desatino, ántes de que me ponga furioso, es preciso tomar precauciones. Estoy loco! ¡Loco, hermana mia! (Rompiendo á llorar y yendo hácia ella.)

BEATRIZ. Ay! ¡Inocencio! ¡Esperanza! Que busquen á don Timoteo! Que busquen á don Timoteo! (Huye.)

ESCENA X.

JUAN.

Qué es lo que me está pasando? Yo me ahogo!—Abramos este balcon. (Lo hace.) Ah!... ¡Qué aire tan libre se respira! Esto me da la vida!—Aire, aire libre es lo que necesita mi pecho oprimido.—Pero qué es eso? ¿Qué es eso? (Se oye una banda militar que toca muy lejos el himno de Riego y que muy lentamente se aproxima.) No se oye á lo lejos el... himno de Riego?—Oh!... No! es que vuelvo á mis delirios! (Cae en la butaca: ligera pausa.) No, no: se acerca, se acerca! es realidad. (Corre al balcon.) Sí, sí, (Cogido á los yerros y con el cuerpo casi fuera.) allá al fin de la calle se divisa una turba que sigue á una banda militar. Percibo sus gritos confusos .. No hay duda, ¡dan vivas! (Bajando á la escena fuera de sí.) Es que se ha acabado el sufrimiento, que los buenos se han echado á la calle, que empieza una revolucion! (Cesa la música.) Ah! noble pueblo madrileño, y yo te calumniaba creyéndote resignado á tu suerte! ¡Ah, pueblo grande, cómo te reconozco en tus hechos! Bendito seas, pueblo mio querido! (Vuelve al balcon.) Pero ¿qué miro ¡desgraciados! No traen armas,

van á arrostrar inermes la metralla, van á morir sin pelear!! Inocencio! Inocencio!!

ESCENA XI.

JUAN, INOCENCIO.

INOC. Papá?... (Receloso.)

JUAN. Llama al portero: sube con él á la bohardilla: allí debajo de las esteras encontrareis veinte y cinco fusiles y muchas municiones que tengo escondidas.

INOC. Papá...

JUAN. Pronto! Repartidlos á esos desdichados que corren á la muerte sin el consuelo de morir peleando! ¡Corre!

INOC. Pero es que los fusiles no están allí.

JUAN. Que no están?

INOC. Se los llevaron el veintinueve.

JUAN. Comprendo! Los olfateó el inspector! Infame policía!

INOC. Qué inspector? (Basta de engaño.) Yo mismo los repartí á la puerta ántes de que abrieran el parque.

JUAN. ¡Cómo? ¡Habla, habla, hijo mio! Habla! Tú los repartiste! ¿A quién?

INOC. Á los vecinos que se echaban á la calle ..

JUAN. Sigue! Ay! (Sofocado por la emocion.)

INOC. Padre!

JUAN. Sigue, ay, ay! Sigue.

INOC. Yo bien quisiera, pero no puedo! Se echaban á la calle al saber... ¡al saber el triunfo de Alcolea!!

JUAN. ¡Qué triunfo? ¿Qué Alcolea? Habla, no dejes de hablar!!

INOC. Toma! La batalla que dió Serrano con Izquierdo y Caballero de Rodas á las tropas borbónicas.

JUAN. Y la ganamos!

INOC. Vaya si la ganamos!

JUAN. Y la reina?

INOC. Se marchó á Francia, y aquí se han proclamado todas las libertades.

JUAN. ¡La revancha de Villalar! Padilla, Bravo, Maldonado! Los hijos vengan á los padres! Dormid en paz!!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, BEATRIZ, D. TIMOTEO, ESPERANZA.

BEATRIZ. ¡Ay qué gritos da! Venga usted, venga usted.

TIM. Lo que yo me temia España, España!

JUAN. Amigo de mi corazon! (Lo abraza.)

BEATRIZ. (Le da por la ternura! Más vale así!)

TIM. Calma!

INOC. Hermana! (Llamándola. Esperanza sale.)

TIM. Cálmese usted. La cosa no es para tanto. Los periódicos exageran mucho.

JUAN. Lo sé, lo sé todo!

ESPER. Gracias á Dios. Padre! (Le abraza.)

TIM. Pero quién ha tenido la mala intencion de darle ese trabucazo?

INOC. Yo. (Conmovido.)

TIM. Tú!

BEATRIZ. Parricida!

INOC. Sin saber lo que hacia... he cantado de plano. Si he hecho daño á mi padre, tome usted y péguéme pronto un tiro! (Entrecortado por las lágrimas y dándole la tercerola.)

JUAN. Qué daño! si has acabado de un golpe con todos mis padecimientos! Ya estoy bueno, ya no me duele nada! Se acabaron los apuros, se acabaron las caras tristes...— Quiero reir... cantar... bailar!... (Lo hace.)

BEATRIZ. Ay que le da, que le da el acceso!

INOC. y ESPER. Papá! (Detrás de él.)

TIM. Vuelva usted en sí.

JUAN. Pero esa gente que viene por el extremo de la calle...

INOC. Es una manifestacion contra la esclavitud y las quintas.

JUAN Dí contra la esclavitud en general, de la que forma parte el tributo de sangre. Es preciso libertar á los negros; pero es más urgente, si cabe, concluir con la trata de blancos. (Con exaltacion.)

ESPER. Sí, sí. (Queriendo calmarle.)

TIM. Vamos!

BEATRIZ. (Nada! no tiene remedio.)

JUAN. Pero díganme ustedes. Tengo sed de saber lo que ha sucedido. Cuándo empezó el movimiento? En qué puntos hondea aún la bandera borbónica? (Con ansiedad.)

INOC. El diez y ocho de setiembre lanzó Topete en Cádiz el grito de guerra: el treinta del mismo mes no habia en España un pueblo que no estuviera pronunciado.

JUAN. ¡Doce dias han bastado para destruir la obra de tantos siglos!

INOC. Es que la obra se bamboleaba.

JUAN. Pero la sangre habrá corrido á torrentes; habrá habido saqueos, incendios, matanzas!

INOC. Quiá! Ni el olor! Eso quisieran los fariseos. (Por Beatriz.)

TIM. La verdad es que fuera de los combates no se ha derramado una gota de sangre.

ESPER. Ni una lágrima, papá.

JUAN. Ah!... España! eres el pueblo más hombre de bien del universo!

TIM. Todavía... (Receloso.)

BEATRIZ. Todavía colea.

JUAN. Temores pueriles; mejor dicho, calumnia. La revolucion es un rio: dejadle seguir su curso é irá tranquila y majestuosamente á la mar. Sólo intentando ponerles diques ó encerrándolos en cauce estrecho, es como los rios se desbordan. (Quítase la bata.)

BEATRIZ. Cosas de poetas.

INOC. Tambien ha andado un poeta en la cosa.

TIM. Pero qué hace usted?

BEATRIZ. Qué haces?

JUAN. Arrojar estos arreos de convaleciente. ¡Mi sombrero! Quiero salir á la calle; abrazar á los amigos, regocijarme con el regocijo público.

TIM. Por Dios, España, que ha estado usted muy malo! Es preciso seguir algun tiempo todavía con el régimen antiguo!

JUAN. (Indignado.) ¡Qué régimen antiguo! ¿Lo que yo necesito es un régimen fortificante, que me devuelva el vigor perdido: un régimen enteramente nuevo.

BEATRIZ. Eso te costará la vida.

JUAN. Y qué importa? Mis deseos están cumplidos. Ya puedo morirme.

TIM. Y sus hijos?

ESPER. y INOC. Y nosotros?

JUAN. Es verdad. Necesito vida para crearos un porvenir. Perdone usted, don Timoteo: seguiré tranquilo en casa algunos dias más.

TIM. Á ver el pulso? Soberbio, soberbio! Ha salido al revés de lo que yo creia. Ya tenemos hombre. Hijos mios, ya teneis padre.—Me vuelvo con el francés, que está cada vez más malito.—Hasta luego. (Yéndose.)

JUAN. Ah!... Oiga usted, don Timoteo. ¿Y cuándo podré salir á misa?

TIM. Esa es cuestion de conciencia, amigo mio. Respecto á eso, libertad completa, libertad completa. (Váse.)

ESPER y INOC. Adios, don Timoteo.

BEATRIZ. Libertad completa? Ese hombre no tiene sentido comun! (Furiosa.)

JUAN. Hermana!

ESPER. Tia!

BEATRIZ. Tantos miedos, tantos terrores... y ahora!... No puedo soportar á estos que vuelven la casaca!

JUAN. Pero ven acá, mujer. Si los hechos le demuestran que sus temores eran infundados ¿por qué no lo ha de confesar?

BEATRIZ. Por que no! Porque cuando una vez se piensa una cosa, se debe morir diciendo ¡tijeretas! ¡tijeretas!

JUAN. Estás faltando á la gratitud que le debemos por haberme salvado.

BEATRIZ. Falto porque muda de principios y va á matarte; porque es de los del dia, de esos que están derribando todas las iglesias.

INOC. Tia, las que derriban son las viejas y las feas.

BEATRIZ. Todas! Y van á traer á los moros y á los judios! Y á todos nos van á volver judios y moros!

ESPER. Pocos españoles renegarán de la religion en que han nacido.

JUAN. Al contrario: como que es la única verdadera, con el contacto de las otras, la fe se robustecerá en los corazones de que se habia apoderado la indiferencia.

BEATRIZ. No te verás en esas! Con las exposiciones que hemos firmado las señoras, los hombres del gobierno se harán atrás.

ESPER. Es que hemos firmado otras, pidiendo lo contrario.

BEATRIZ. Se harán atrás!

JUAN. ¡Qué se han de hacer atrás! (Grito de indignacion.) Esos hombres, á quienes debemos gratitud eterna, deben comprender que cuando se rasga con la espuela los hijares del caballo, es necesario dejarle que se lance al escape: esos hombres comprenderán que no basta encender la locomotora; sino que es preciso conducirla á la estacion: esos hombres en fin, saben mejor que nadie, que no se puede mostrar el agua al sediento, para negársela despues, y que el pueblo español tiene sed de libertad; y que por su noble y generosa conducta se ha hecho más digno de gozarla que todos los pueblos de la tierra.

(Beatriz, que ha cogido La Correspondencia, la arruga y la hace pedazos de ira y por último la arroja al fuego.)

VOZ. (Dentro.) Abajo la esclavitud y las quintas!

MUCHAS. (Id.) Abajo!

JUAN. Abajo todas las esclavitudes! Hijos mios, ya teneis pátria, pátria digna y honrada, de la que nadie puede avergonzarse de ser hijo. España es una nacion grande y fuerte; pero que duda como ninguna de sí misma, y que sólo adquiere la conciencia de su poder el dia en que necesita usarlo para volver por su honra! ¡Qué espectáculo estamos dando al mundo! Ayer, Africa y el Callao; hoy, Alcolea; ¡mañana!... mañana... Dios sabe los altos fines á que la Providencia tiene destinada á esta tierra de Cides y Pelayos, de Riegos y Padillas.

VOZ. (Dentro.) Abajo la esclavitud y las quintas!

JUAN. Abajo todas las esclavitudes!

(Rompe el himno debajo del balcon.)

FIN.

segunda cenicienta.
peor cuna.
choza del almadreno.
s patriotas.
s lazos del vicio.
s molinos de viento.
agenda de Correlargo.
cruz de oro.
caja del regimiento.
s sisas de mi mujer.
teveu hijos.
s dos madres.
hija del Rey René.
s extremos.
frutera de Murillo.
cantinera.
venganza de Catana.
marquesita.
novela de la vida.
torre de Garan.
nave sin piloto.
amigos.
judia en el campamento, ó
lorias de Africa.
criados.
caballeros de la niebla.
escala de matrimonio.
torre de Babel.
caza del gallo.
dcsobediencia.
buena alhaja.
niña mimada.
maridos (refundida.)
mamá.
de ojo.
so y mi sobrina.
tin Zurbano.
ta y Maria.
rid en 1818.
rid á vista de pájaro.
l sobre hojuelas.
tires de Polonia.
ta!! ó la Emparedada.
Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre timido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una peusion.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Sauto y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabjar por cuenta ajena.
Tod unos.
Torbellino.
Unamor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

élica y Medoro.
as de buena ley.
al mas feo.
des y cuchilladas
eyina la Gitana.
ido y Marte.
o y Flora.
isenando.
a Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde proedor.
Pascual.
chiller.
octrino.
sayo de una ópera.
lesero y la maja.
rro del hortelano.
euta y en Marruecos.
on en la ratonera.
dos de carnaval.
lirio (drama lírico.)
ostilfon de la Rioja *(Música.)*
conde de Letoriers.
undo á escape.
pitan español.
rneta.
mbre feliz.
ballo blanco.
legial.
imo mono.
mer, vuelo de un pollo
Pinto y Valdemoro.
gnetismo..., ¡animal!
ifa de la calle Mayor.
astas del toro.
El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Petuquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Sautisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J. Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	R. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Cámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villañueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.